

La solidaridad cubre vacíos

Francisco José García Lozano

cine

The Visitor es un hermoso cuento moral donde no hay lugar para la indiferencia emocional. McCarthy desdobra su film en dos frentes: el de la elaboración y asimilación de la soledad de un hombre viudo y el de la realidad del problema de la inmigración ilegal en Estados Unidos. La propuesta es sencillamente exquisita. Cada vez resulta más difícil encontrarse con una cinta de estas características, arrebatadora desde el primer momento y de tan variada conjunción de emociones en su conjunto.

La otredad es un sentimiento de extrañeza que asalta al ser humano tarde o temprano. En algún momento cae en la cuenta de que vive separado de los demás; de que existe aquel que no es él; de que están los otros y de que hay algo más allá de lo que él percibe o imagina. No hay identidad sin el «otro». En un mundo en el que, en realidad, todos somos «extraños» de nosotros mismos, no parece quedar otra alternativa que el encuentro con el «otro» para la realización del «sí mismo». A fin de cuentas, no es otra la propuesta de fondo que nos presenta el film que presentamos *The Visitor*: el viaje emocional de un individuo que ha perdido su conexión con la vida y su reencuentro con ella gracias a unos desconocidos.

The Visitor parte de una premisa muy sencilla y ahí radica la profundidad de su propuesta, no tanto en lo que cuenta, sino en cómo lo cuenta. Walter Vale (Richard Jenkins), de sesenta y dos años, camina como un sonámbulo por su propia vida. Perdida su pasión por enseñar y escribir, llena su vacío existencial intentando infructuosamente aprender a tocar el piano clásico. Obligado a ir a Nueva York

*es una bocanada de aire
fresco donde se nos muestra
la vertiente más positiva
y esperanzadora del
fenómeno de la globalización
y de la diferencia de las
diferentes culturas*

a un congreso que no le importa, a presentar un trabajo que no ha escrito, su vida se cruza con Tarek (Haaz Sleiman) y Zainab (Danai Jeresai Gurira), dos «sin papeles» que están instalados en su apartamento que no visita en mucho tiempo. En un primer momento el profesor los deja irse, pero al ver que no tienen donde ir los invita a quedarse en el piso hasta que solucionen sus problemas. En su convivencia va descubriendo diferentes placeres de la vida como la percusión,

el hacer algo por el prójimo y embarcarse en el drama en que viven los ilegales en los Estados Unidos. Comienza a partir de aquí una historia marcada por la desconfianza de tres personas muy diferentes entre sí, alejadas en edad, estatus social y económico, pero que desemboca en una gran historia de amistad y entrega.

El director y guionista, Tom McCarthy, continúa en la misma línea que en su primera película, *Vidas cruzadas* (2003), entremezclando seres humanos antagónicos, con dificultades y solitarios, para explorar las relaciones que pueden urgir entre ellos y nos ofrece aquí otra gran película, sencilla y sin alardes, pero de una gran belleza y emotividad, quizá sin la frescura de su primera obra, pero con más madurez. Su anterior obra, *Vidas cruzadas*, estrenada en el Festival de Cine de Sundance, consiguió el Premio del Público y el Waldo Salt al Mejor Guión. También recibió el premio BAFTA de la Academia Británica al Mejor Guión Original y dos premios Independent Spirit. Como actor, algunos de los títulos de McCarthy son: *Banderas de nuestros padres*, *Syriana*, *Buenas noches y buena suerte*, *Year of the Dog* y *Los padres de ella*.

Con la relación de Walter y sus compañeros de piso como excusa,

McCarthy comienza partiendo una lanza en favor de la conjunción cultural ejemplificando a través de ellos (un sirio, una senegalesa y un estadounidense) la realidad global de un occidente compuesto por un número cada vez mayor de individuos y civilizaciones de todo el mundo. Se trata de una introducción positiva, donde el personaje principal deberá ir viviendo un proceso de catarsis interior que le lleva a pasar de la hosquedad y la antipatía a una manera de ser útil y amable con los demás que lo necesitan. El encuentro con los «otros» despierta al protagonista como sujeto moral, y es aquí donde se revela cómo el deber del hombre hacia el otro es incondicional, y eso es lo que funda la humanidad del hombre y donde Walter encuentra de nuevo un sentido a su gris existencia. En este sentido, este primer bloque es una bocanada de aire fresco donde se nos muestra la vertiente más positiva y esperanzadora del fenómeno de la globalización y de la diferencia de las diferentes culturas. Las vidas de unos desconocidos se cruzan, sin embargo, no hay choque, sino una deliciosa permeabilidad que permite que fluya la generosidad entre ellos. A diferencia de *Gan Torino* de Clint Eastwood, aquí no hay prejuicios raciales que vencer, sino simplemente apertura humana, la posibilidad de prestarse al otro desinteresadamente.

El guión concede una importancia fundamental a la música como arma narrativa. Walter utiliza la música para contar su soledad y amargura, su dolor, su cambio vital y su apertura a otro mundo y para enamorarse y encontrar el amor. La música, en este sentido, se nos muestra como un lugar de confluencia

*el tema de la inmigración
como telón de fondo, invita
a reflexionar sobre el trato
discriminatorio que reciben
muchos inmigrantes por
parte de una sociedad
endémica que no mira más
allá de sus horizontes,
atribuyendo a los demás
sus propios errores*

cultural, porque donde no llegan las palabras, donde no llegan las intenciones, llega la música. Tarek le muestra a Walter cómo la música clásica se construye a base de cuatro tiempos, sin embargo, la música africana construida en tres tiempos le hace descubrir un nuevo ritmo para su vida. A fin de cuentas la música se erige en el film como una poderosa metáfora de comunicación y libertad, valga sino la imagen de Walter tocando

el *djembe* junto a Tarek y un grupo multiétnico africano, en medio de Washington Square.

En un segundo bloque o momento la crítica social viene planteada por la detención absolutamente arbitraria de Tarek, y la situación de indefensión legal y casi moral que plantea, quedando a la voluntad omnipotente de la Administración de Justicia Norteamericana, que le retiene como un preso. En este punto aparecerá un cuarto personaje, el de la madre de Tarek, Mouna (magnífico y contenido papel de Hiam Abbass), que vive en Michigan, pero llega a Nueva York al no tener noticias de su hijo desde hace días. Es aquí donde Walter se convierte en el nexo vital para la unión de esa familia asumiendo casi el papel de padre sin mayor razonamiento de por medio que el sentido común dando un gran vuelco a su vida.

El tema de la inmigración como telón de fondo, invita a reflexionar sobre el trato discriminatorio que reciben muchos inmigrantes por parte de una sociedad endémica que no mira más allá de sus horizontes, atribuyendo a los demás tus propios errores. Estados Unidos se nos muestra como un país herido tras el 11 de septiembre y como un lugar con menos esperanza, libertad y oportunidades.

The Visitor se nos queda en la retina como una película triste, de lentas transiciones, de gestos inapreciables y miradas que gritan la impotencia del hombre ante un sistema que no se centra en las historias personales que se encuentran tras la categoría de «ilegal» o «sin papeles», sino que se limita simplemente a cumplir con su función. Una pequeña gran película, donde un hombre vacío, que no vive más que para autoengañarse diariamente, encuentra en otros seres humanos las dosis necesarias de vida, alumbrándonos cómo todavía es posible creer en la humanidad de lo humano. Música y solidaridad en un mundo cada vez más falto ellas.

Ficha técnica:

T.O.: «The Visitor».

Director: Tom McCarthy.

Nacionalidad: USA.

Duración: 104 minutos.

Fotografía: Oliver Bokelberg.

Música: Jan A.P. Kaczmarek.

Intérpretes: Richard Jenkins (Prof. Walter Vale), Haaz Sleiman (Tarek Khalil), Hiam Abbass (Mouna Khalil), Danai Gurira (Zainab).

Web oficial:

www.karmafilms.es/thevisitor